

ACTUALIDAD DE LA ENCICLICA "MYSTICI CORPORIS"

La reciente Encíclica de su Santidad Pío XII, "*Mystici Corporis Christi*" -delicado obsequio con que el Santo Padre ha dispuesto retribuirnos la celebración de su Jubileo episcopal - se nos presenta como un nuevo luminosísimo ensayo de aquella teología integral que caracteriza las grandes Encíclicas pontificias.

El motivo temático del augusto documento es el *Misterio de la Iglesia* - la unidad orgánica y operante del Cuerpo místico de Cristo, eje y cifra de lo que San Pablo llamaba "su evangelio". A semejanza de las epístolas apostólicas, se admira en la Encíclica el estudio analítico y profundo del dogma - a través de una poderosa documentación bíblica y patristica y lejos de toda estéril controversia - junto con la constante preocupación de vivir el misterio, de acuatarlo, acercándolo a la realidad concreta de la Iglesia y de las almas, en una sintonía armoniosísima de doctrina y de santidad.

La evangelización del misterio de la Iglesia es de vibrante actualidad, por más que los pragmatistas de nuestros días, en su orgullosa suficiencia, la consideran un anacronismo. Para ellos el misterio de la unión íntima y total de los miembros de la Iglesia en torno a Cristo es hoy más oculto e incomprensible que nunca. Con el mismo ritmo febril de sus asombrosas conquistas en el campo de las ciencias físicas y naturales, ellos han estado echando tierra sobre todo lo metafísico y lo sobrenatural y al paso que le arrancaron al universo uno a uno todos sus secretos, han procurado acallar los interrogativos supremos del alma.

"Conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz" (1): ésta era para San Pablo la consecuencia primordial de la doctrina del Cuerpo místico. Pero el evangelio del Apóstol escandalizaba a los judíos y des-

concertaba a los gentiles. Hoy imperversa un frenético empeño por ahondar las grietas que desintegran el conjunto social, por conquistar nuevos adeptos al credo funesto del odio y de la venganza. Y la palabra del Papa, para muchos, no puede menos de ser intempestiva y acaso importuna.

La palabra del Papa es ésta:

"Nosotros (2) sigamos a nuestro pacífico Rey que nos enseñó a amar no sólo a los que no provienen de la misma nación ni de la misma estirpe, sino aun a los mismos enemigos. Nosotros, penetrado el ánimo de la suavísima frase el Apóstol, cantemos con el mismo cuál sea la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo, que, ciertamente, ni la diversidad de pueblos y costumbres puede romper, ni el espacio del inmenso océano disminuir, ni las guerras, emprendidas por causa justa o injusta, disolver".

Contra el paganismo de hace veinte siglos San Pablo defendió la fórmula salvadora "Restaurar todas las cosas en Cristo" (3). Pío XII no se cansa de proclamar ante el neopaganismo de hoy esta misma consigna, la única que puede reavivar la humanidad desangrada y agonizante "por haber seguido un camino sin Dios y hasta contra Dios, sin Cristo y hasta contra Cristo" (4). Pero el neopaganismo del siglo XX se niega a confesar que la bancarrota de la civilización se deba a una crisis de Teología.

Quizá sea por esto que, al saberse que el Papa había publicado una Encíclica sobre el Cuerpo místico, se extrañaron muchos; por ejemplo, el hombre eminentemente práctico que topó con esta noticia mientras buscaba en el periódico las oscilaciones de la bolsa de va-

(2) Las citas que no tienen otra indicación pertenecen a la Encíclica "*Mystici Corporis*".

(3) Eph. 1,10.

(4) Mensaje Navideño de 1943.

(1) Eph. 4,3.

lores, y de edonista que la leyó tan sólo porque en la misma página estaba la cartelera cinematográfica. Por esto mismo tal vez el contenido de la Encíclica no figuró en la primera plana de los grandes rotativos, que registran escrupulosamente las declaraciones del senador fulano y los pronósticos estratégicos del ex-coronel mengano.

También el superficialismo de algunos de entre los nuestros pudo experimentar cierta inconfesada desilusión al conocer el argumento de la nueva Encíclica. Tal vez hubiesen preferido algo más sensacional, algo más al día, sin comprender que la Encíclica, si bien desde un plano superior, reflejo intensamente el drama de nuestra época, con sus antinomias ideológicas y sus antagonismos cruentos, con sus fatales aberraciones y sus inagotables promesas de redención. Más aún. La Encíclica es la respuesta adecuada a los infinitos mensajes de dolores sin nombre y sin límites que el corazón ecuménico del Papa ha captado desde la Colina Vaticana. Es la síntesis del "ministerium verbi", que el 262º Sucesor de San Pedro viene ejerciendo con altísima responsabilidad de Supremo Maestro. Es la justificación dogmática de todos sus programas de paz, de todas sus exhortaciones a una vida sinceramente cristiana.

La Encíclica está fechada en Roma, en días en que, violado ya el carácter dos veces sagrado de la Urbe Eterna, se cernían sobre su milenaria historia las más pavorosas amenazas. Dictaba Pío XII este solemne documento, mientras avanzaba arrolladora sobre la capital del catolicismo la marejada de la guerra, enangostando más y más los horizontes de la benéfica omnipresencia del Papa en el mundo. Las fronteras simbólicas de la Ciudad del Vaticano se convertirían pronto en barreras poco menos que infranqueables.

Desde esa misma Roma, en donde se le mantenía encarcelado, San Pablo instruía a los fieles de Efeso y de Colosas en la consoladora doctrina del Cuerpo místico, que el convertido Saulo llevaba en el corazón, en los labios y en la pluma desde la prodigiosa fulguración de Damasco. La "Mystici Corporis" es una exegesis actual de las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses. Puede decirse que es la versión contemporánea de las dos cartas paulinas, citadas no menos de cuarenta veces. La clásica tripartición dogmática, moral y pastoral, el análisis sistemático de la verdad, inseparable de la trepidante solicitud apostólica que se admira en las páginas del documento pontifi-

clo, su estilo elevado y a la vez cálido y paterno, el amor entrañable a Cristo y a la Iglesia que en ellas palpita, revelan el genio romano y papal de Pío XII no menos que la inspiración inconfundible del Apóstol de las gentes.

Este singular encuentro de circunstancias hace pensar en algo más que una simple coincidencia. Quizá se oculte en esto mismo la ratificación discreta de una importantísima lección que en otra oportunidad el Sumo Pontífice impartió solemnemente al mundo:

"Que la visión de las victorias de la Iglesia primitiva fortifique y sublime nuestra esperanza y que, en medio de la tempestad que hoy nos azota, nos descubra el horizonte de nuevos triunfos... Porque el verdadero cristiano de esta época en nada difiere del cristiano de los tiempos apostólicos. En su eterna juventud, la Iglesia mantiene inalterado hoy el perfil espiritual de la Cristiandad primitiva, con sus cuatro características inequívocas: imperturbable confianza en la victoria, fundada en una fe viva; prontitud serena e ilimitada para el sacrificio y los sufrimientos; profunda convicción de la eficacia social del pensamiento eucarístico; empeño por obtener una unidad de espíritu y de jerarquía siempre más íntima y duradera" (5).

Escribe San Pablo a los Efesios: "Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo, si bien en cada uno de nosotros se le ha dado la gracia en la medida de la donación de Cristo. El mismo a unos ha constituido apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas y a otros pastores y doctores a fin de que trabajen en la perfección de los santos, según las funciones de sus ministerios, para la edificación del Cuerpo Místico de Cristo" (6). La Encíclica "Mystici Corporis" desglosa magistralmente estos conceptos revelados.

A semejanza del cuerpo humano, la Iglesia se compone de distintos miembros jerárquicamente organizados en la variedad de sus funciones; la Sangre preciosa de Cristo circula misteriosamente por este organismo - necesariamente visible y por ende sujeto a las debilidades de sus elementos humanos - que se renueva constantemente por la vitalidad inmanente del Espíritu Santo. Sustentador de este Cuerpo místico es el mismo Jesucristo, que es a la vez su Cabeza, su Salvador y su Santificador. El mismo se reserva el gobierno directo, aunque invisible, del Cuerpo místico y lo manifiesta visiblemente

(5) De la Alocución en el XXV aniversario

(6) Eph 4,5ss.

Mediante el magisterio y el ministerio del Sumo Pontífice y de la Jerarquía Católica.

Por consiguiente, los cristianos nos juntamos en la Iglesia como en un cuerpo vivo, no como en un museo de anatomía. Contra el egoísmo insano reivindica la Encíclica la hermosa solidaridad de la comunión de los santos; contra el atomismo liberal, la mutua interdependencia de todos los miembros de la familia humana; contra la insubordinación disociadora que cría las guerras, la función sagrada de la autoridad en una tranquila y ordenada convivencia, que es la paz; contra "la libertad azarosa de la hoja en el viento, la libertad robusta del brazo fuerte y sano, que es libre, precisamente, en la medida en que está sujeto a un tramo humano que tiene cerebro y tiene corazón" (7).

Pero,

"mientras en un cuerpo natural el principio de unidad traba las partes de suerte que éstas se ven privadas de subsistencia propia, en el Cuerpo místico, por el contrario, la fuerza que opera la recíproca unión, aunque íntima, junta entre sí los miembros de tal modo que cada uno disfruta plenamente de su propia personalidad. Añádase a esto que si consideramos las mutuas relaciones entre el todo y los diversos miembros, en todo cuerpo vivo todos los miembros tienen como fin supremo solamente el provecho del conjunto, mientras que todo organismo social de hombres, si se atiende a su fin último, está ordenado en definitiva al bien de todos y cada uno de sus miembros, dada su cualidad de personas".

En este párrafo de la "Mystici Corporis" está la razón filosófica y teológica de la sociología católica. Ninguna sociedad, ni siquiera la Iglesia, puede considerarse fin a sí misma, pues la persona humana es la única realidad en este mundo que tiene un destino eterno; son las almas y no las colectividades las que están predestinadas a inmortalizarse en la vida ultraterrena. Así que jamás podrá justificarse, en sentido católico, un conglomerado social, cuyos miembros no sean sino piezas de una enorme máquina. Jamás podrá invertirse la relación esencial entre sociedad e individuo, que es de medio a fin, ni aceptarse el que la sociedad absorba los derechos inajenables de sus componentes para la prosecución de finalidades o puestas o ajenas al bien común de los mismos. "Todas las cosas son para vosotros -

(7) José María Pemán, Cinco Conferencias. Buenos Aires, 1941, p. 105.

(8) 1 Cor. 3,23.

(9) Mensaje Navideño de 1943.

propter vos, ordenadas a vuestro bien, declara San Pablo y repite Pío XII - y vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios" (8).

Investigación dogmática que afecta la realidad de la vida consociada y el gobierno de los pueblos. Argumentaciones de alta teología y por lo mismo sin recurso de apelación. Condena tácita como inexorable de todo despotismo, de todo sistema totalitario, sea cual fuere el emblema que lo ampara. "Sin ánimo de ofender a los equivocados - que son y continuarán siendo nuestros hermanos" (9) - el Papa ataja implacablemente el súbtil serpentear de las ideologías perniciosas y el desencadenamiento de las pasiones. Contra la exaltación idólatra de la prestancia física y contra la tiranía sangrienta del oro reafirma el precepto eterno de la caridad, particularmente hacia aquellos miembros del Cuerpo místico a quienes nuestro Salvador mostró amor singularísimo: los débiles, los enfermos, los heridos, los desamparados, los niños. Y con valor apostólico denuncia un hecho monstruoso, típico del paganismo de todos los tiempos, sin excluir el nuestro: la eliminación y la mutilación de los contrahechos, de los dementes, de los afectos de enfermedades hereditarias. "¡La sangre de estos hombres clama a Dios desde la tierra!"

En las argumentaciones teológicas del Papa, en esta Economía sobrenatural de la comunidad cristiana están las bases de la reconstrucción social si se quiere que el nuevo edificio de la paz no sea tan frágil como el que se está fragorosamente derrumbando.

La Encíclica "Mystici Corporis" es todo ella la amplificación del extremo anhelo del Salvador "Ut unum sint", un insistente llamamiento a todos los creyentes en Cristo a cerrar filas en la unidad fecunda de su Cuerpo místico, que es la Iglesia Católica. Al emanarla, abraza el Santo Padre la dulce esperanza que

"cuanto hemos de exponer acerca del Cuerpo místico de Jesucristo no sea desagradable ni inútil aun a aquellos que están fuera del seno de la Iglesia Católica, porque, viendo como ven al presente levantarse una nación contra otra nación y un reino contra otro reino y crecer sin medida las discordias, las envidias y las semillas de enemistad, si vuelven sus ojos a la Iglesia, si contemplan su unidad recibida del Cielo —en virtud de la cual todos los hombres de cualquiera estirpe que sean se unen con lazo fraternal a Cristo— sin duda se verán obligados a admirar una sociedad donde reina caridad semejante y, con la inspiración y ayuda de la gracia divina, se verán atraídos a participar de la misma unidad y caridad".

“Esta actitud generosa de Su Santidad Pío XII hacia los que todavía permanecen fuera del redil católico es uno de los rasgos más impresionantes de su caridad pastoral. Es muy de moda hoy día tergiversar los conceptos más delicados en materias religiosas y hablar con ligereza de tolerancia, de fraternidad, de mano tendida, de colaboracionismo. En la Encíclica hay mucho más que todo esto. Hay amor vivo por todos los errantes, ansia trépida por su salvación, corazón y brazos perpetuamente abiertos.”

“También a aquellos que no pertenecen al organismo visible de la Iglesia Católica, ya desde el comienzo de nuestro Pontificado, los hemos confiado a la celestial tutela y providencia, solemnemente afirmado, a ejemplo del Buen Pastor, que nada llevamos más en el corazón que el que tengan vida y la tengan en más abundancia. Esta nuestra solemne afirmación deseamos repetirla en la presente Carta Encíclica, en la cual hemos cantado las alabanzas del grande y glorioso Cuerpo de Cristo. Entren en la unidad católica y, unidos todos con Nosotros en el único organismo del Cuerpo místico, converjan en una sola Cabeza en comunión de amor gloriosísimo. Sin interrumpir jamás las plegarias al Espíritu de amor y de verdad, Nosotros los esperamos con los brazos elevados y abiertos como a los que vienen no a casa ajena, sino a la propia casa paterna.”

Pero hay también en la Encíclica Papal la firmeza indeclinable del que predica la verdad, el pródigo celo del que defiende la integridad del Credo, confiado a su Cátedra infalible. Sin acrimonia, pero también sin ambigüedad, se recuerda a los hermanos separados

“que se hallan en un peligroso error si piensan poder abrazar a Cristo, Cabeza de la Iglesia, sin adherirse fielmente a su Vicario en la tierra, porque, prescindiendo de esta Cabeza visible y rompiendo los vínculos sensibles de la unidad, oscurecen y deforman el Cuerpo místico del Redentor de tal manera que los que andan en busca de salvación no puedan verlo ni encontrarlo”.

Lamentablemente, este ancho espíritu evangélico de nuestro Santo Padre no siempre ha sido correspondido con igual comprensión y buena fe de parte de sus gratuitos adversarios. Esta triste reflexión se nos ocurre espontáneamente si comparamos los nobilísimos sentimientos expresados en la Encíclica, por ejemplo, con las groseras y sobadas columnas contra el catolicismo y su augusto Jefe que traen algunos de los folletos de propaganda sectaria que en estos días se van re- gando descaradamente por la ciudad.

El hereje y el cismático, rindiéndose libremente a los impulsos de la gracia, deben volver a la Iglesia, pues

“aunque por cierto inconsciente deseo y voto están ordenados al Cuerpo místico del Redentor, carecen, sin embargo, de tantos y tan grandes dones y socorros celestiales como sólo en la Iglesia Católica es posible gozar”.

Pero el católico no aprovechará estos tesoros inmensos que la Providencia ha puesto en sus manos sino en proporción a su fidelidad a la Iglesia, a su constante alerta por evitar toda defección por los caminos sinuosos del pensamiento o por las pendientes resbaladizas de la voluntad. En este Organismo sobrenatural nada debe interferir el divino aliento que mana sin cesar de la Cabeza y del Corazón y circula con infalible euritmia por todas las fibras.

Como en las epístolas de San Pablo, en la Encíclica fluyen naturalmente de este dogma adorable del Cuerpo místico la auténtica perfección cristiana y la profesión ortodoxa de la fe, compendiadas en este binomio: Piedad inteligente —inteligencia dócil y amante. La palabra del Maestro de la Verdad desarma irresistiblemente los sofismas nacionalistas así como la exaltación mística incontrolada y el fanatismo irracional.

El **formalista**, celoso de los ritos eclesiásticos, y escrupuloso cumplidor de las fórmulas, sino ama a Jesucristo, es una rama ceca en la lozanía del árbol de la Iglesia. El **sugestivista**, que pretende encontrar a Cristo fuera de la Iglesia, prescindiendo de los sacramentos y de la disciplina, que se forja una vida interior a base de romanticismo religioso y de eclecticismo indefinido, se condena a vivir perpetuamente entre los fantasmas de su arbitrio vano. El **sentimentalista**, que se entusiasma ante la sublimidad del dogma y ante la estética del culto, pero que no observa los mandamientos y rehuye de la mortificación, es como arcilla inconsistente, no apta para la arquitectura maciza de la Iglesia.

Los **positivistas**, que niegan todo lo que sobrepasa las fuerzas cósmicas y no quierén ver en la Iglesia sino una magnífica organización humana, encontrarán en la Encíclica la respuesta a las necias preguntas que tan a menudo formulan, que cuál será el rumbo de la Iglesia ante tal problema, que cómo resistirá tal otra crisis. El Papa pone de manifiesto el milagro de la Iglesia, sociedad necesaria y perfecta en su contextura jurídica, pero que sobrepasa todo orden humano de cosas

“por el Espíritu de nuestro Redentor que, como manantial de todas las gracias, dones

y carismas, la llena constante e íntimamente y obra en ella con asiduidad indefectible”.

La Encíclica reprueba el misticismo pan-teísta, “pretende suprimir los límites inmutables que separan las criaturas de su Creador, adulterando las Sagradas Escrituras”; el **liturgismo de mala ley**, que desconoce el valor de la oración privada y tiende a ver en Jesucristo sólo al Medianero, olvidando que es verdadero Dios; el **quietismo** desvaído, vida cómoda so color de piedad, que todo lo atribuye a la acción del Espíritu Santo y niega la utilidad de la confesión frecuente. Extravíos éstos no raros entre los que emprenden temerariamente el camino de la perfección, prescindiendo del catecismo y de la humilde sumisión a las directivas de los Pastores autorizados.

Al concluir su monumental Epístola Católica se presenta ante la mirada del Padre Universal “una ingente multitud de infelices desventurados, que le hace llorar amargamente”. Es el terrible problema del dolor humano, que nunca se ha planteado con tanta crudeza como en los días cruciales en que vivimos. Y el Papa, intérprete legítimo de todas las dudas del alma, advierte que el misterio de la Iglesia es un perpetuarse de los misterios de la Encarnación y de la Redención, sintetizados en el desamparo del Portal y en el martirio del Calvario. Los miembros del Cuerpo místico “deben gloriarse de tener una Cabeza ceñida de corona de espinas”, había escrito en la primera página de este histórico documento; ahora, con ánimo íntimamente compadecido, exhorta a todos los que yacen en la desolación a que

“confiados, levanten sus ojos al Cielo y ofrezcan sus aflicciones a Aquél que un día les ha de recompensar con abundante galardón; el dolor que padecen no es inútil, sino que para ellos mismos y para la Iglesia ha de ser de gran provecho si, animados con esta intención, lo toleran pacientemente”.

Recordando a los Colosenses su prisión romana, San Pablo añadía que gozaba de lo que padecía por ellos (10). Hoy en el corazón de Pío XII, quien “recogiendo en sí las preocupaciones y las ansiedades de todos, guía en tan calamitosos tiempos la nave de la Iglesia”, se agolpa el flujo acerbo de todas las lágrimas que ahogan la pobre familia humana. Se agranda e intensifica, en su apostólica solicitud por todas las iglesias, el sacrificio heroico de sus Hermanos en el Episcopado, que tantas veces

“por hacerse de corazón modelos del rabaño y por defender fiel y enérgicamente el sagrado depósito de la fe que les fué encomendado, por urgir las leyes santísimas esculpadas en el alma de los hombres y por salvar su grey de los lobos rapaces, no sólo tienen que sufrir las persecuciones y vejaciones dirigidas contra ellos mismos, sino también —lo que para ellos suele ser más cruel y doloroso— las levantadas contra las ovejas puestas bajo sus cuidados, contra sus colaboradores en el apostolado y aun contra las vírgenes consagradas a Dios”.

Como otrora San Pablo, Pío XII no rehusa el dolor que Dios le envía por causa de su supremo oficio pastoral. La Cabeza visible del Cuerpo místico cumple, generosamente, en su espíritu y en su carne, lo que resta que padecer a Cristo en pro de su Iglesia.

(10) Col. 1,24.



Mons. Sebastián Baggio